La carta de Mirta

María Eugenia Rubio

Mirta tenía setenta años. Cursaba la primaria en un centro educativo que funcionaba en la Parroquia Santa Elena. Los Centros Educativos constituyen una oferta educativa estatal, pública y gratuita, que funcionan en entidades alojantes. Allí donde se detecta una demanda, el estado envía un maestro, y la comunidad aporta algo que pueda servir como aula. De 14 a 16hs, en el corazón de la elite porteña, funcionaba un aula que recibía a las mucamas con cama adentro de la zona, en su hora de descanso. Mirta había sido una de ellas.

No venía todos los días. Vivía lejos. Nacida en Entre Ríos, a los siete había sido trasladada a la capital, como criada en la casa de una familia influyente. Entró en ese caserón en la década del veinte, y salió en 1990, jubilada. La familia con la que había trabajado en negro toda su vida, le compró un departamento de un ambiente en Lanús y le tramitó una pensión graciable a través de un diputado amigo. Mirta tenía siete cuando entró en esa casa, y sesenta y cinco cuando salió. Su única actividad durante toda esa vida, había sido atender a los patrones, y concurrir a la Parroquia Santa Elena donde tenía amigas, mucamas como ella. La mayoría se iba cuando se casaba. Ella nunca conoció novio. Mirta era virgen. Podría apostarlo. Era como una niña, de siete. Todo el tiempo.

Su pensión era una miseria, por eso venía sólo dos veces a la semana. Desde Lanús a Barrio Parque el viaje era demasiado costoso. Pero Mirta insistía en venir. No conocía a nadie en Lanús. Ni en ninguna parte. Su único mundo estaba en un barrio inaccesible, en el que había vivido siempre, pero al que nunca perteneció. Sus pocas amigas estaban en la parroquia. Los martes y viernes aprovechaba, venía a la escuela, y después se quedaba a arreglar la ropa que se juntaba para los pobres, de los que ella hablaba con una ajenidad sorprendente. Era dócil y sonriente, como si no tuviera permiso de mostrar tristeza.

Dos años estuve en ese Centro Educativo y Mirta nunca logró superar el deletreo. Había un límite neurológico que le impedía avanzar. En los adultos mayores que no se han alfabetizado es muy común encontrar estos casos. Y uno sostiene la palabra de ellos, para que sea dicha, y sea escrita, aunque tenga que hacerse con muletas. Mirta solía escribir mamá, todo el tiempo, y recortar palabras que comiencen con m, como su nombre. Pedía siempre esa actividad. Se sentía segura en ella. Empujar más allá de lo que lo emotivo resiste, es algo de mucho cuidado. Hay muchas maneras de escribir por el otro sin que lo note, respetando lo que quiere expresar. Los maestros y maestras de personas adultas, muchas veces hacemos eso: sostener la mano, y el trazo, mientras nos cuentan al oído lo que quieren decir, su secreto más grande, su dolor, su misterio.

Un día llegó con la cara radiante, agitando un sobre en la mano.

- ¡Maestra me llegó una carta, me llegó una carta!

- ¡Qué bueno mirta! ¿De quién es?

- No sé, no entiendo. ¿me ayuda?

- Vamos a verla

Lo primero que noté es que no tenía remitente. En el frente, el sobre decía: Mirta con su apellido, calle tal, Partido de Lanús, Buenos Aires, Argentina, Código postal, todo con letra en tinta azul y manuscrita. Tenía todo el aspecto de una carta personal.

Al abrir, encontré una breve nota tipeada, y firmada a mano con un garabato sobre un nombre: Carlos Ruckauf. Corría el año 1995, y Menem buscaba la reelección. Ruckauf le

escribía directamente a Mirta y le decía:

"Querida Mirta: Sé de todos sus pesares, y quiero trabajar junto a usted para solucionarlos y traer paz a su vida y al país. El domingo lléveme a la rosada con su voto" Lo recuerdo textual porque me lo anoté en una libretita.

- Ah! Qué lindo! ¿De dónde me conocerá?

Ese comentario, al terminar la lectura, fue la primera señal de su desconcierto

- ¿Vos lo conocés?

- No

- Es candidato a vicepresidente. ¿Viste que el domingo hay elecciones?

- Ah, sí algo escuché

- Igual vos ya cumpliste 70, así que no tenés obligación de ir a votar

- No, no. Yo lo quiero votar. Nunca voté

- ¿Cómo que nunca votaste? ¿Por qué?

- Yo no tuve documento hasta que me jubilé.

- ¿Y cuándo lo fuiste a sacar qué te dijeron?

- Nada. No sé. Me lo hizo el patrón con un juez que ellos conocían. Para poder pedir la pensión que tengo.

- Ah!

- Yo nunca voté. Ni sé cómo se hace, jajaja – me dijo murmurando y se rió como una niña que relata una travesura

- Bueno, no te preocupes, si no votás no pasa nada

- No, no. Es que esta vez quiero ir. – dijo indicando con un cabeceo la carta

- Pero si ni siquiera lo conocés – empecé a decir intentando ubicar el tenor de la carta, cuando ella me interrumpió y con la vista perdida en el papel y un tono melancólico , me confesó

- Es la primera vez en mi vida que alguien me escribe una carta

Cuando escuché eso, todo se detuvo. Una estrategia de marketing básica, había resultado al entramarse en una historia de vida en la que una niña fue depositada en una casa como criada a los siete años, sin explicaciones, ni misericordia, dejándola traumáticamente sin posibilidad de que sus reflexiones superen las de una niña sola y asustada. La orfandad, las tierras apropiadas, los pueblos arrasados, el destino de un ser humano empujado por la pobreza a ser una sombra de sus verdugos. Mirta era ingenua, como detenida en el momento en el que fue apropiada por una familia importante. Sin final feliz, ni príncipe, Mirta era una cenicienta sin hada madrina. Decidí que no iba a decirle nada sobre la forma en la que se hace ese envío de cartas. No iba a quitarle esa luz en sus ojos, que acariciaban la hoja repasándola infinitamente. El tema ese día, debía ser explicarle cómo votar, porque ese día, ese, era su deseo, manifiesto y explícito. ¿Quién soy yo para negárselo?

Y me puse a detallar el acto del sufragio, para que Mirta vaya, y ponga su voto por

quien ella creía que era el único que la había mirado. Por un segundo, se me cruzó prepararle el sobre con una boleta de otro partido. En definitiva, no sería más que un acto de justicia burlar el cinismo de quienes se aprovechan de estas vidas aplastadas por la historia. Pero no lo hice. No me permití aprovecharme así de ella. Yo no podía ser uno más que se cruzaba en su vida para estafarla ni podía erigirme a mí misma en la dueña de una claridad político partidaria, de la que carecía. Puse a mi pesar la boleta de la lista 2 en un sobre, y le enseñé cómo tenía que hacer el día del acto eleccionario, ajustándome a su deseo, y no al mío. Buscamos la escuela, la mesa que le tocaba, repasamos el mecanismo. Mirta votó ese domingo. Las teorías sobre el comportamiento del elector, quedan incompletas si no se accede a estas intersecciones entre la exclusión, la carencia, la soledad, la infantilización, el cinismo, y la democracia.

Isidora

María Eugenia Rubio

En una oportunidad, trabajé en un Centro Educativo de Nivel Primario que funcionaba en Lugano I y II. La mayoría de los alumnos y alumnas eran de la villa 20 que se sitúa enfrente. Una de ellas, se llamaba Isidora. Era chaqueña. Había venido a los diez como criada a una casa de familia. A los quince, en un baile conoció a un novio. Quedó embarazada. Trabajó hasta que la panza no pudo disimularse. Su comadre le propuso hacerse cargo de la criatura los días de semana, mientras ella estaba en su trabajo con cama adentro, y los fines de semana, los pasaría con ella. Algo así como una crianza compartida. Isidora le detalló su plan a la patrona, suplicándole que no la eche. La patrona aceptó. Un varón fuerte y despierto nació un día de abril. Ella pudo tomarse una semana. Luego tuvo que volver a su trabajo. El primer fin de semana, su comadre la esperó con el niño en brazos, tal como habían pactado. El segundo, ya no estaba. Una vecina le refirió que se había ido de urgencia a Santiago del Estero por enfermedad de la madre, y que se había tenido que llevar al chico. Isidora esperó tres meses el regreso de su comadre. Cuando volvió el niño no estaba: el calor lo había deshidratado y había muerto en el tren, le relató su comadre

- Me mostró el certificado de defunción maestra. Yo no sabía leer ni escribir, y le creí.

Los años pasaron, Isidora conoció a quien sería su marido, se casó, se fue de la casa donde era la criada, a la casa donde sería la esclava. Tuvo cinco hijos más.
El año anterior a su llegada al Centro Educativo, uno de sus hijos varones murió de cáncer fulminante

- Se murió y yo sentí un dolor que no había sentido cuando murió el niño. Se lo dije a mi hija, una noche que le confesé todo. Le dije lo que tenía clavado en el alma desde hacía más de cuarenta años: “yo creo que mi hijo no murió”

Su hija, que había tenido otras oportunidades, la acompañó en la búsqueda. Rastrearon a su comadre durante meses. Desde aquel día en el que le dijo que su hijo se había muerto, no había vuelto a verla nunca más. La encontraron en el sur. La mujer temblaba del otro lado del teléfono cuando oyó la voz de Isidora. Su hija le pidió el certificado de defunción de su hermano. La mujer se quebró y confesó todo: se había quedado con el niño y lo había anotado como propio
Isidora viajó a conocerlo. Era un hombre, de unos cincuenta años. Ella le buscó el lunar en el cuello, que recordaba de los pocos días que lo había tenido. El lunar estaba allí. Isidora lo abrazó en silencio un largo rato y él se dejó. Lo único que le pidió fue que no

denunciara a su madre de crianza. Isidora aceptó, a cambio de poder visitarlo y escribirse cartas todos los meses contándose cosas de la vida juntos que habían perdido.
Pero Isidora seguía siendo analfabeta. Así llegó al Centro Educativo: necesitaba aprender para escribirle cartas a su hijo, que vivía lejos. Cuando comienza el año, siempre les pregunto qué les gustaría lograr y ella comentó eso. En ese momento todavía no sabía los detalles de la historia, y por lo tanto su propósito, aún no había develado su potencia. Juntas trabajamos durante meses, para lograr escribir la carta precisa, que no era tal, sólo en lo gramatical, sino fundamentalmente en la posibilidad de expresar la profundidad de lo que ella quería decir. Buscamos muchas palabras, leímos muchos poemas de los que Isidora escogía algunas imágenes que entramábamos juntas en la prosa. Yo era el andamiaje que debía sostener sus palabras, porque sola no podía. Un miércoles de invierno, terminamos. La leímos a los compañeros y compañeras. Lloramos juntos, suavecito, sin espamento. La mesura muchas veces se parece al respeto.
Ese día confirmé lo que siempre supe: qué maravillosa ocupación es enseñar.